



Hacia un mundo sin pobreza.
Yunus, Muhammad, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1998, 334 pp.

Muhammad Yunus, doctor en Economía, abandonó los modelos sofisticados que aprendió en Occidente para revolucionar el mundo de las finanzas y de la llamada banca comercial. Desarrolló en las personas el fuego de la iniciativa y de la empresa que les permitiera salir de su pobreza. Creó un nuevo banco, el *Grameen* de Bangladesh que sólo presta dinero a los más pobres de los pobres, resultando un éxito absoluto, hoy es un mode-

lo en todo el mundo y opera en más de sesenta países.

Algunas de sus ideas son:

- Queremos hacer negocios con los que no tienen nada.
- Los pobres podrían asumir el reto porque son muy listos. Si no lo fuesen, ¿cómo podrían sobrevivir ante tantas dificultades?
- El sistema financiero sólo ofrece sus servicios a la mitad de la población mun-

dial y para nosotros, el crédito es un derecho para todo el mundo.

Basada en una relación de confianza mutua, donde no hay papeles ni interviene ninguna institución legal, los resultados han sido extraordinarios, sobre todo con las mujeres. “Hemos creado un sistema contrario al establecido: si tienes muy poco, te dedicaremos mucha atención; si no tienes nada, aún te dedicaremos más”.

El banco *Grameen* da trabajo a 12,000 personas y reparte cada año 500 millones de dólares en créditos, aun y cuando no existe garantía de por medio, la recuperación del dinero es de 99%, es decir, 70% de esos 500 millones proviene de los ahorros de los acreedores, el restante 30% del dinero depositado en el banco.

Muhammad Yunus admite que los microcréditos juegan un papel limitado en la erradicación de la pobreza y advierte que se requiere acercar las nuevas tecnologías a los más pobres, para ir de iniciativa en iniciativa, por

ejemplo: al ingresar la telefonía móvil a un pueblo sin acceso a la electricidad, mediante un crédito una de las mujeres más pobres adquiriría un móvil y el resto de los pobladores tenía que pagar por emplearlo, así de inmediato, aquella mujer se convertía en una persona imprescindible. Esta acción desencadenaba otra más, la necesidad de instalar paneles de energía solar.

Los dos prefacios que redacta el autor sobre su libro revelan la transformación que sufrió su cosmovisión intelectual de cara a la crudeza de las catástrofes naturales —ciclones, inundaciones y hambrunas— más los impactos sociales en Bangladesh: millones de damnificados, pobreza extrema, desnutrición infantil, 40% de los bengalíes no puede satisfacer sus necesidades alimenticias y un analfabetismo que alcanza 90% de los habitantes. Ese fue el punto de partida para que trabajara sobre un proyecto que permitiera a los pobres responsabilizarse y hacerse cargo de su propio destino, recordando todo el sentido de una verdadera justicia social. Así va

tejiendo y construyendo una fe inquebrantable en la creatividad de los seres humanos, quienes padecen la pobreza porque se ha eludido siempre el problema y establece que aprendió dos cosas en su experiencia de la creación del banco:

1. Que los conocimientos que tenemos sobre los individuos y las interacciones que existen entre ellos son todavía imperfectos, y
2. Que cada individuo es importante, pues posee un potencial enorme para influir la vida de otras comunidades y naciones a lo largo de su existencia. Pero mientras no se proporcione un ambiente favorable nunca podrá desarrollarse tal capacidad de transformación.

En la primera parte, llamada “Los inicios”, Muhammad Yunus comparte su experiencia de 1974, cuando la hambruna en Dhaka sembraba por las calles cadáveres de hombres y mujeres, adultos y niños, donde se confundían

lo mismo muertos y agonizantes, ni siquiera las organizaciones religiosas se daban abasto para sepultar a los muertos, al grado de desistir y dejarlos donde morían. Reflexiona sobre la más inaceptable de las muertes: la inanición.

¿Para qué servían las teorías económicas —que se precian de demostrar que aportan respuestas a todo tipo de problemas— si la gente moría de hambre ante sus ojos en las calles y los portales de casas?

Resuelto a buscar respuestas, se hace acompañar por su colega profesor Latifee y su alumno Dipal a visitar familias, las casas de la aldea de Jofra, en un intento por iniciar la búsqueda de posibles soluciones.

Así, descubre que las personas en la elaboración de productos recurrían a los *paikars* (prestamistas) para la compra de materia prima, que cobraban 10% por semana y en ocasiones hasta por día. Conoce las múltiples formas en que trabajan los usuarios: una medida de arroz descascarillado prestado, debe ser reembolsado con dos medidas y

media; cuando la tierra queda en garantía, ésta queda a disposición del acreedor, que detenta el título de propiedad hasta en tanto se cumpla el total de la deuda, incluso para dificultar el pago del préstamo, el acreedor rehúsa cualquier tipo de pago parcial y si expira el periodo de pago, el acreedor tiene el derecho a recomprar la tierra a un “precio fijado” de antemano. Dichos préstamos son utilizados para una inversión, para ocasiones especiales (matrimonio, litigios, gastos de enfermedad, compra de alimentos) y, generalmente, para cubrir funciones de sobrevivencia, por lo que casi nunca salen del círculo de endeudamiento y, a menudo, la única forma de terminar la deuda es con la muerte.

Ante la dimensión del problema, Muhammad Yunus acude a los bancos locales para solicitarles prestar dinero a los pobres, aparentemente muy sencillo, pero ante la rotunda respuesta negativa, surge la idea de crear un banco que sí les prestara.

El profesor Muhammad describe su familia e infancia, las vicisitudes que sus padres afron-

taron para educar a 14 hijos —cinco de los cuales murieron jóvenes—, sus estilos personales para motivarlos a leer y estudiar, destaca su avidez por leer los periódicos que sólo en el consultorio del médico del lugar llegaban, y que con su hermano esperaban en la antesala para mantenerse actualizados de lo que sucedía fuera de Chittagong, puerto principal de Bangladesh.

Con una narración sencilla, rinde tributo a sus padres Dula y Sofía, que influyeron para convertirlo en un observador de la naturaleza humana, así como su maestro en el escultismo, Suazi Sabih, quien mediante un viaje en tren por la India, modeló su identidad, fue a la búsqueda de sí mismo.

Con el apoyo de su padre, al concluir sus estudios y ser profesor de economía, se demostró a sí mismo y a su familia que podía triunfar en los negocios al instalar una empresa de embalajes. Pero ello no lo satisfizo, marchó becado a Estados Unidos a estudiar un doctorado, donde experimentó la discriminación por el color de su piel, pero al mismo

tiempo reconoció: “Aquí la libertad individual no es una palabra vana”.

Ve frente a él los excesos de la juventud, el alcohol y las drogas, pero resiste a ello. Aprende del profesor rumano Georgescu-Roegen, a respetar modelos precisos que mostraban que ciertos planes concretos pueden ayudarnos a comprender y construir el porvenir, que las cosas nunca son tan complicadas como uno se imagina, pero su verdadera vida estaba en otra parte “...en mi país, donde quería ser útil a los demás”.

Al volver a su país, su capacidad para la observación y el análisis lo llevan primero a promover un llamado a la nación —a través del rector de su universidad—, a los dirigentes para ponerse en marcha contra la hambruna, lo que generó opinión pública favorable y sumó a otras instituciones. Además contagió a los profesores y sus alumnos, a desaprender la teoría y extraer lecciones del mundo real. Así, sin ser agrónomo los transforma en agricultores voluntarios para incrementar la cosecha de arroz,

modificando las prácticas culturales e introduciendo variedades mejoradas, lo que permite, pese a la burla inicial de los campesinos, elevar al cuádruple la producción. Ello dio origen al Proyecto de Desarrollo Rural de la Universidad de Chittagong (CURDP).

En 1975 se concentró en el sistema de riego y siendo práctica tradicional dos cosechas al año, entusiasma a los campesinos para intentar una tercera suplementaria en invierno. Nuevamente vence el escepticismo de los campesinos y pone en marcha la cooperativa agrícola *Tres Tercios* (su nombre se debía a la distribución que de la cosecha recibirían los participantes). Este nuevo éxito le mereció el Premio del Presidente en 1978.

Lo anterior y otras experiencias que son descritas, explican su ánimo de superar los usos y costumbres, los poderes fácticos de las comunidades y la resistencia al cambio, para abrir camino al microcrédito, que molesta a una cultura dominante y contraría prácticas como la dote, los matrimonios de menores y el maltrato a las mujeres. Bastan

unos ejemplos sobre las amenazas, les decían a las mujeres para no acudir al *Grameen*:

Sakina Khatun, 38 años, distrito Darías Mirershorai, “si se unía a *Grameen*, no recibiría sepultura musulmana”.

Manzira Khatun, 38 años, distrito de Rajshahi, “si participaba, el banco iba a torturarla y luego de tatuarle un número en el brazo, la haría ejercer la prostitución”.

Mosammat Manikjan Bibi, 35 años, de Paipara, “los prestamistas y los ricos me dijeron que si entraba al *Grameen* sería una mala musulmana, que el banco me tiraría al fondo del océano y no volvería jamás”.

Por revelador del mundo al que se enfrenta el banco de los pobres, se transcribe el siguiente testimonio:

Un jefe religioso se acercó a un director regional del *Grameen*:

— “Si entra en esta aldea será bajo su responsabilidad. No podemos garantizar su seguridad ni la de sus empleados”. Ninguna razón pudo modificar la amenaza.

Cuando la población interesada preguntó lo ocurrido dijo:

— “Me acaban de decir que si entro en la aldea corro un serio riesgo. De modo que si quieren ser miembros del *Grameen*, tendrán que ir a la aldea vecina para asistir a nuestras reuniones de orientación”.

Así las mujeres visitaron al *mollah* para hablar con él:

— ¿Por qué amenazó al director del *Grameen*?

— ¿Quiere irse al infierno?
¿Eso es lo que quiere?

— Si el *Grameen* vino aquí es por el bien de todos.

— ¡Infelices! Es una organización cristiana.

— ¡El director del *Grameen* es musulmán y conoce el Corán mejor que usted!

— El *Grameen* quiere destruir las reglas del *pardah*, ese es su objetivo.

— No, nosotras podemos trabajar en casa. Descascarar el arroz, hacer esteras, fabricar taburetes de bambú o criar una vaca y alimentar a nuestros hijos, sin tener que salir. El banco nos viene a ver a casa. ¿Qué tiene eso de contrario al *pardah*? Aquí

el único que está contra el *pardah* es usted, que nos obliga a caminar kilómetros para buscar ayuda en la aldea vecina. Es usted el que pone en peligro nuestras vidas y no el *Grameen*.

— Diríjase entonces al prestamista, es un buen musulmán.

— ¡El nos pide el diez por ciento por semana!

— ¡Usted va a acabar en el infierno!

— ¡Si no quiere que pidamos prestado al *Grameen*, préstenos usted mismo...!

— ¡Váyanse al diablo! Si quieren ser condenadas vayan al *Grameen*. Hice lo que pude para ponerlas en guardia. ¡Pidan prestado y se condenarán!

Fueron de inmediato a avisarle al director:

— Puede volver. Hablamos con el jefe religioso y dice que no tiene inconveniente en que el *Grameen* regrese.

El director respondió:

— Recibí amenazas físicas. Sólo regresaré con una condición: que el individuo que me amenazó venga personalmente a pedirme que vuelva a la aldea.

Las mujeres buscaron nue-

vamente al jefe religioso, lo acosaron sin darle respiro, hasta que acabó por ceder, lamentando incluso haberse mezclado en este asunto. Fue hasta la aldea vecina y dijo:

— Olvidemos lo que dije. Puede volver a la aldea. Me comprometo a garantizar su seguridad y la de sus bienes. Las mujeres quieren que usted vuelva y no veo ningún inconveniente.

Así *Grameen* volvió, con lentitud, pausadamente, sin perturbar a nadie, dejando que el tiempo jugara a su favor.

Peter Goldmark, presidente de la *Fundación Rockefeller*, tras visitar Bangladesh en 1990, afirmó:

Con mis propios ojos he visto desaparecer las antiguas leyes y los patrones tradicionales:

- la certeza de que los pobres no son capaces de salir adelante;
- la certeza de que las mujeres son aún menos capaces que los hombres;
- la certeza de que los pobres que no poseen tierras no son fiables como prestatarios;

- la certeza de que los pobres no saben trabajar en equipo, hacer previsiones, decidir por ellos mismos y administrar un préstamo; y
- la certeza de que la mejor forma de desarrollo es la ayuda aportada a proyectos centralizados, de gran amplitud dirigidos por los gobiernos.

Si estas antiguas certezas estaban hechas de barro, el trabajo del banco *Grameen* es sólido como la piedra.

Para la realidad del medio rural y sus condiciones de pobre-

za en nuestro país, es ésta una lectura obligada, quizás nos motive para transformar el campo mexicano y conocer el papel de los créditos:

El microcrédito no es una cura milagrosa para todo, pero es una fuerza a favor del cambio, no sólo económico y personal, sino también social y político, los microcapitales sumados a la iniciativa personal transforman a los pobres en seres humanos independientes, activos, conscientes y creativos.

Nicolás Edmundo
Venosa Peña
DGEP/PA